

editoria

¿Qué tienen en común ir a cenar tacos, asistir a un museo, chatear, jugar ajedrez, pasear por una plaza, leer poesía, reunirse con amigos o simplemente descansar en casa? Éstas y muchas otras actividades cotidianas que sólo parecieran tener la finalidad de relajarnos o desconectarnos de un abrumado día de trabajo, consideradas formas de entretenimiento, hoy se han convertido en objeto de innumerables estudios sobre la cultura y la sociedad, que las reivindican como prácticas de gran significación para el ser humano.

En nuestra sociedad posindustrial, estas prácticas culturales son por sí mismas componentes representativos de nuestras vidas. Cada forma de entretenimiento que ejercemos no sólo da cuenta de nuestro estrato socioeconómico, nuestra educación y nuestras ideologías, sino que expone ampliamente la cultura a la que pertenecemos. De igual manera, han impactado significativamente tanto en los esquemas de convivencia social como en el desarrollo mismo de la tecnología, la comunicación, el mercado, y por supuesto el tratamiento de los espacios físicos donde se llevan a cabo: desde la vivienda donde se privilegian las áreas para la ubicación de los aparatos televisivos y los videojuegos, hasta la urbe donde se desarrollan plazas, centros comerciales y establecimientos recreativos.

No podemos dejar de sospechar que los efectos de nuestros problemas y crisis sociales posmodernas nos han llevado a fomentar esta cultura centrada en el entretenimiento. Seguramente por ello, nunca antes fuimos testigos de tanta necesidad de escapar de nuestra cotidianeidad, con tanta prisa, para refugiarnos en la redención efímera del ocio y el placer. Esto explica el aun mayor fortalecimiento de una cultura hedonista, que no sólo se convierte cada vez más una prioridad para las personas, sino que transforma sus hábitos, sus espacios y sus ciudades.

Entender estos procesos como una respuesta a la agitación que caracteriza la vida urbana actual, comprender qué implicaciones morales y éticas puedan tener, reflexionar sobre el significado del entretenimiento, el ocio y el placer, son algunos de los propósitos de los artículos presentados este número de **Entretexos**, en el que pretendemos mostrar el alcance y la trascendencia de este tema.

En nuestro espacio estético, hemos decidido abonar a esta misma discusión con una selección en la que predominan composiciones de los llamados Poetas Malditos y semi-malditos; quiénes mejor que ellos para acercarnos a la profundidad del placer como leitmotiv. Mientras que una muestra de la última obra fotográfica de Ernesto Padilla González el Castillo nos conduce por las rutas de nuestra piel íntima y nuestra piel citadina, vías de búsqueda, de satisfacción y en ocasiones de desilusión.

Así, esperamos que tanto los artículos como las obras seleccionadas para este número, sean motivo de reflexión y por supuesto, de disfrute. ■

Diana Cárdenas Garza